

# CUADERNOS DE HISTORIA

4

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE JULIO 1984

---



Floreal Recabarren R., Antonio Obilinovic A. y Juan Panadés.  
COLOSO: UNA AVENTURA HISTORICA  
Universidad de Antofagasta, 1983.  
Pp. 264. Planos, láminas y facsímiles.

Desde hace algún tiempo ha renacido la historiografía regional como consecuencia, principalmente, de la actividad de los centros universitarios u otros similares. Las diversas obras son, antes que nada, el resultado de un esfuerzo individual que no se detiene ante las mil adversidades que se presentan en lugares alejados de la vida intelectual capitalina. El recargo en las tareas docentes, la participación obligada en funciones burocráticas, la estrechez de los recursos, la lejanía de los archivos y bibliotecas concentrados en Santiago, son algunos de los tropiezos prácticos. Tampoco puede ignorarse la incompreensión, la inestabilidad y otras singularidades en que han sido pródigos los últimos tiempos.

Un aspecto muy importante ha sido la inexperiencia en la investigación y una relativa debilidad de la teoría y el método, que los mismos investigadores reconocen y procuran superar.

Por todas esas razones, se trata de una historiografía heroica, que sólo ha podido abrirse paso mediante la devoción y cariño de los autores.

No obstante todas las dificultades, se han elaborado trabajos valiosos en una temática local que se va intregando en sí misma y ayuda a completar el cuadro nacional, que adolece de una visión centralizada y es, por lo tanto, incompleto.

Entre las tareas desarrolladas en las regiones, es de justicia mencionar a las más destacadas. Comenzando por la misma región de Antofagasta, tenemos la *Historia del salitre* de Oscar Bermúdez, fruto de muy largas investigaciones, como asimismo algunos trabajos complementarios. José María Casassas Cantó ha aportado sus libros relativos a la región de Atacama durante la época colonial, que permiten adentrarse en infinidad de detalles de un pasado casi absolutamente desconocido.

En La Serena, el trabajo pionero de Dagoberto Campos en colaboración con Iris Botarro, Hernán Cortés y otros, relativo a la parroquia de *San Antonio del Mar de Barraza*, publicado en obra gruesa, fue un esfuerzo meritorio, pese al

comentario indigno de *El Mercurio*. Posteriormente, las investigaciones itinerantes de Jorge Pinto sobre la población y la minería del azogue en la región de Coquimbo han significado hitos sólidos para alcanzar el método.

En Valparaíso, que no puede ser considerado como lugar apartado y que cuenta con antiguos centros de estudio, se han desarrollado las investigaciones de demografía histórica de René Salinas, que por su enfoque y técnica marcan una renovación dentro del país. También avanzan en la investigación Santiago Lorenzo y Baldomero Estrada, situando su interés en los temas urbanos. Todos ellos pertenecen a la Universidad Católica de Valparaíso.

Desde Valparaíso hay que dar un gran salto para llegar a Punta Arenas, donde el Instituto de la Patagonia, debido a la vida y milagros de Mateo Martinic, ha hecho aportes muy valiosos a través de sus *Anales* y de diversas monografías.

En este panorama general se palpan algunos vacíos. El más prolongado y bochornoso es el de la Universidad de Concepción, que ya cuenta con muchas décadas de existencia. La Universidad Austral de Valdivia debiera ya brindar su aporte, pues tiene potencialidad para hacerlo. La Universidad de la Frontera, en Temuco, está en trance de despertar y dispone de una riqueza temática variada.

La aparición de *Coloso: una aventura histórica*, es un buen ejemplo de lo que puede lograrse en las investigaciones regionales, sin ignorar las limitaciones.

El trabajo ha sido hecho en forma minuciosa y sobre una amplia base de fuentes regionales y nacionales. La prensa local, el archivo municipal y los archivos de diversas empresas constituyen la documentación más original. La consulta de esas fuentes ha sido realizada en forma cuidadosa y se ha aplicado un método crítico acertado en su utilización. También es correcta y coherente la estructura del libro. La exposición siempre es clara y vivaz, pero en ocasiones el uso del idioma es incorrecto; aunque jamás alcanza la barbarie usual de las ciencias sociales.

El tema de la obra es el surgimiento, vicisitudes y muerte del puerto de Coloso, en la caleta del mismo nombre situada 20 kilómetros al sur de Antofagasta. Sin embargo, en el fondo, se trata de una extraordinaria empresa económica que estableció aquel puerto, construyó el ferrocarril de Coloso al cantón salitrero de Aguas Blancas, de más de 100 kilómetros, y explotó algunas oficinas de nitrato en aquel yacimiento.

El iniciador de esas tareas fue el industrial salitrero Matías Granja, español avecindado en Chile que llegó a poseer la empresa más acaudalada de un propietario individual en el país. Asociado con Baltazar Domínguez, puso mano a la obra, pero luego continuó solo sus trabajos.

Comenzada en 1898 la "aventura" de Coloso, rápidamente obtuvo éxito, y mediante un esfuerzo e inversiones constantes, llegó a ser una actividad muy próspera. Malecones, muelles, bodegas, instalaciones ferroviarias, casa de máquina, planta resacadora de agua, servicio telefónico, planta eléctrica, resguardo de aduana, oficinas, una población para empleados y obreros, escuela, hotel y pulpería, ocuparon con rapidez el espacio relativamente estrecho entre

los cerros y el mar. En los momentos de mayor auge, la población pasó de los 2.000 individuos.

La habilitación de Coloso, que hasta fines del siglo pasado era un lugar absolutamente deshabitado, se explica por varios fenómenos. A la sazón el puerto de Antofagasta se hacía estrecho y no contaba con un rompeolas que diera seguridad a las naves fondeadas en su abierta ensenada. La producción de salitre iba en aumento y la posibilidad de intensificar faenas y comenzar nuevos trabajos en Aguas Blancas, abría grandes posibilidades a la inversión en la caleta y el ferrocarril. Además, la compañía Granja y Domínguez ahorraría en transporte y en el pago de derechos por el uso de muelles ajenos en Antofagasta.

La prosperidad duró varios años; pero la misma embriaguez del éxito debía conducir al fracaso. En 1906 falleció Matías Granja, y sus herederos decidieron continuar unidos la gestión de la compañía. Las cosas comenzaron, entonces, a marchar mal. Al parecer, algunas malas inversiones y un endeudamiento excesivo, en momentos de una crisis de la industria salitrera, condujeron al *affaire* de la casa Granja, hacia 1907, que fue denunciado como un escándalo en la prensa y en el parlamento. Un préstamo del gobierno, tramitado oficiosamente por el Banco de Chile, para girar sobre Londres, fue la causa del alboroto. Se había procurado de esa manera salvar a una empresa cuya quiebra habría tenido graves repercusiones en la economía nacional, dada su importancia y prestigio. Es la historia de ayer y de hoy.

En todo caso, la compañía no pudo ser salvada, y después de varios manejos financieros, la caleta y el ferrocarril pasaron a poder de la compañía inglesa de W.R. Grace. Concluía el año 1908.

Más de veinte años transcurrieron todavía antes de la desaparición del puerto y del ferrocarril. La crisis de 1929 debía poner fin a la empresa que ya se tambaleaba, como asimismo la próxima inauguración de las nuevas obras portuarias de Antofagasta, que ampliarían las instalaciones hasta hacer inútil los embarques en Coloso.

Poco a poco se redujo el trabajo. La población disminuyó y, finalmente, mediante un acuerdo con el Gobierno, se puso término a la concesión y se estipuló desarmar todas las instalaciones y el pueblo, dejando la playa rasa.

Para ese último efecto, la compañía vendió todo a una sociedad y a un empresario local, Robert Bell, anciano y diligente, que con sus cuadrillas desarmó las instalaciones, rescatando hasta tuercas y vidrios, que luego puso a la venta esperando embolsar un millón de pesos de ganancia.

La caleta quedó con el mismo aspecto de antes, cual se conserva hasta hoy día, sólo con rastros del malecón de piedra.

Todos estos hechos componen la parte medular del libro, que los autores han expuesto con gran claridad.

El largo episodio de Coloso deja en pie muchas reflexiones. Es una muestra adicional del empuje de la empresa privada en los momentos del cambio de siglo, a la vez que del desplazamiento del empresario local por el gran capital extranjero. También es testimonio concreto de un fenómeno económico que

más allá del éxito circunstancial, ha pesado negativamente en el desenvolvimiento del país: cualquier nueva explotación, realizada en zonas desamparadas, ha requerido de enormes capitales, porque ha habido que efectuar todo el equipamiento, y luego una coyuntura adversa o un cambio tecnológico, ha dejado todo en el abandono. La infraestructura, los caminos, vías férreas y los poblados ya no tienen utilidad. Es un capital perdido, salvo como materiales de demolición. Así ha ocurrido con las oficinas salitreras, Potrerillo y el Tofo. Es el destino de los establecimientos en el desierto.

Más allá de lo anecdótico hay un problema del aprovechamiento y rentabilidad de la inversión, que no ha sido estudiado como fenómeno histórico.

Los autores del libro que comentamos nos han dejado una buena base de información sobre una empresa específica, que puede integrarse en un cuadro mayor. Además, nos brindan antecedentes sobre hechos que resultan novedosos desde otros ángulos. La tramitación burocrática de que era objeto cualquier concesión, por ejemplo, queda claramente establecida. Ahí aparece el rigor de los gobernantes, la minucia de los funcionarios, la consideración de diversos informes y todas las seguridades para no errar. Así ocurría para obtener la concesión de una caleta y habilitar un puerto, como para ensanchar en tres metros un muelle.

Los autores nos entregan, además, una crónica local de pequeños datos significativos. Por vía de ejemplo, puede apreciarse que la existencia de una pulpería, entregada para su explotación a un extranjero, y el uso de un portón en el camino de la caleta a Antofagasta, que se cerraba en la noche, representaban modalidades parecidas a las establecidas en las oficinas de la pampa. Monopolio y recelo formaban parte de una administración rigurosa.

Sin embargo, es en la crónica local donde el libro deja sentir algunas fallas en el método. En esa parte se continúa el sistema tradicional de presentar aspectos curiosos que, dando una idea del ambiente y de las costumbres, no constituyen temas generales e importantes. Pensamos, a manera de ejemplo, que la información sobre la educación primaria o la salud pública, son antecedentes aislados que carecen de tratamiento sistemático, lo que es muy difícil en una monografía sobre un lugar determinado.

La solución estaría en tratar esos temas en un contexto más amplio, superior a Coloso, o reducir la monografía a lo que aparece propiamente importante en el lugar.

Esta observación no hace desmerecer a la obra, que tiene méritos suficientes para recibirla como un aporte valioso.

La Universidad de Antofagasta, que cuenta con un departamento para impulsar la investigación, ha hecho bien en apoyar al equipo de Recabarren, Obilinovic y Panadés. Es de esperar que futuras tareas agreguen nuevos temas a la historia de la región, que es parte del pasado nacional en medida nada despreciable.

*Sergio Villalobos R.*